

no había de estar tan enamorado como la historia de Visita daba á entender?»

—Oye, tú—dijo la del Banco, volviéndose de repente á la Regenta—¿quién será esa cadena?

—¿Qué cadena?—preguntó con voz temblorosa Anita.

—Bah, la que sujeta á Mesía, la mujer que le tiene enamorado de veras. ¡Ah infame! quien tal hizo que tal pague... Pero ¿quién será?

—Qué... sé yo...

—¿Te atreverías tú á preguntárselo?

—Dios me libre.

—Debe de ser casada...

—¡Jesús!

—Mira, esta noche le voy á sentar junto á ti, á ver, si después de la cena se atreve á decírtelo... Pregúntaselo tú misma...

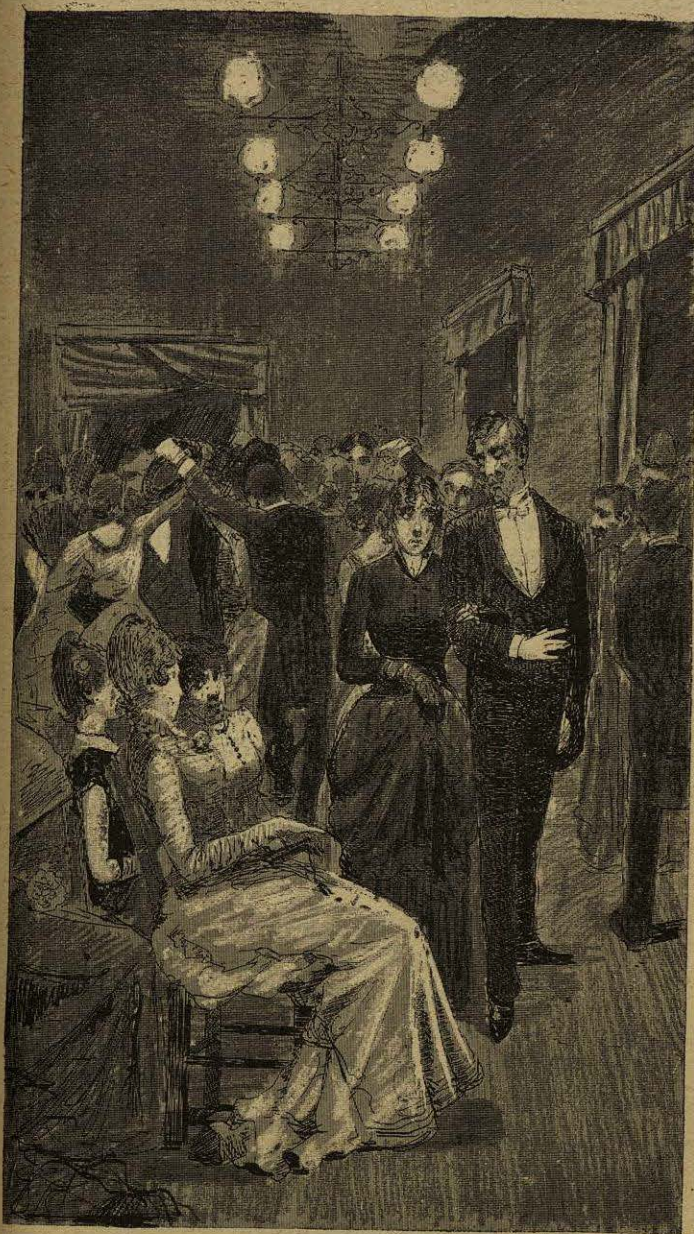
—¡Visitación! tú estás loca...

—Ja, ja, ja... ahí le tienes... ahí le tienes... Ya me contarás...

La de Ollas de Cuervo soltó el brazo de Ana y desapareció entre los grupos que dificultaban el tránsito por el salón estrecho.

La Regenta vió enfrente de sí á don Álvaro, del brazo de Quintanar, su inseparable amigo.

El frac, la corbata, la pechera, el chaleco, el pantalón, el clac de Mesía, no se parecían á las prendas análogas de los demás. Ana vió esto sin querer, sin pensar apenas en ello, pero fué lo primero que vió. Se le figuraban ya todos los caballeros que andaban por allí, don Víctor inclusive, criados vestidos de etiqueta; todos eran camareros. el único señor Mesía. De todas maneras estaba bien don Álvaro; de frac era como mejor estaba. En todas partes parecía hermoso, dominaba á todos con su arrogante figura; allí, en el baile, debajo de aquella araña de cristal, que casi tocaba con



la cabeza, era más elegante, más bizarro, más airoso que en cualquier otro sitio. El baile animado, ardiendo de voluptuosidad fuerte y disimulada, era el cuadro propio para servir de fondo á la figura que ella, la pobre Ana, había visto tantas veces en sueños.

Todo esto pasó por el cerebro de la Regenta mientras Mesía, sin ocultar la emoción que le ponía pálido, se inclinaba con gracia, y alargaba timidamente una mano.

Antes que ella quisiera, Ana sintió sus dedos entre los del enemigo tentador... Debajo de la piel fina del guante la sensación fué más suave, más corrosiva. Ana la sintió llegar como una corriente fría y vibrante á sus entrañas, más abajo del pecho. Le zumbaron los oídos, el baile se transformó de repente para ella en una fiesta nueva, desconocida, de irresistible belleza, de diabólica seducción. Temió perder el sentido... y sin saber cómo, se vió colgada de un brazo de Mesía... Y entre un torbellino de faldas de color y de ropa negra, oyendo á lo lejos la madera constipada de los violines y los chirridos del bronce, que á ella se le antojaba música voluptuosa, pudo comprender que la arrastraban fuera del salón. Gritaba la Marquesa, reía á carcajadas Obdulia, sonaba la voz gangosa de una hija del Barón... y atrás quedaba el ruido del wals que comenzaba.

«¿Á dónde la llevaban?» Á cenar.

—Á cenar, hija mía—le dijo al oído Quintanar.—¡Y por Dios, Anita, que no se te ocurra negarte... sería un desaire!...

La marquesa de Vegallana y su tertulia, más las del barón de la Barcaza y Pepe Ronzal cenaron en el gabinete de lectura. Todo fué cosa de Trabuco. Convidesele, había dicho Mesía y la vanidad satisfecha le inspirará maravillas. En efecto Ronzal, abusando de su cargo en la junta directiva, acaparó lo mejor del res-

taurant, tomó por asalto el gabinete de lectura, quitó periódicos de la mesa y puso manteles, cerró con llave la puerta, hizo que entrara el servicio por una de escape que estaba cerca del armario de libros, y allí pudo cenar la flor y nata de la nobleza vetustense con sus paniaguados y amigos de confianza. Obdulia se encargó desde el primer momento de premiar el celo y la actividad de Trabuco, que estaba loco de contento. Todas las damas le felicitaron por su energía para cerrar aquello con llave y por el buen gusto de la mesa. Los ojos montaraces le echaban chispas, pero no se movían. Obdulia le sentó á su lado. ¡Feliz Ronzal aquella noche!

Ana se encontró sentada entre la Marquesa y don Álvaro. En frente don Víctor, un poco alegre, fingía enamorar á Visitación y recitaba versos de sus poetas adorados y repetía hasta parecer un martillo:

¿Qué delito cometí
para odiarme, ingrata fiera?
quiera Dios... pero no quiera
que te quiero más que á mí.

—Por Dios y por las once mil... cálese Vd., Quintanar—decía la Marquesa.

Pero el otro continuaba, siempre declamando para su Visitación:

En fin, señora, me veo
sin mí, sin Dios y sin vos,
sin vos porque no os poseo...

Y Visitación le tapaba la boca con las manos.

—¡Escandaloso, escandaloso! gritaba.

Las de la Deuda Flotante sonreían y se miraban como diciéndose:—¡Buena sociedad la de la Marquesa!

El Marqués le decía en tanto al Barón:

— ¡Como estamos en confianza!...

— ¡Oh, perfectamente, perfectamente!

Y buscaba el de la Barcaza una silla junto á una jamaña aristócrata que estaba sola.

Paco tenía otra vez en Vetusta á su prima Edelmira y «le hacía el amor por todo lo alto», aunque á su madre no le gustaba, porque era feo engañar á una prima.

Joaquín Orgaz había prometido cantar *por lo flamenco* á los postres.

La cena era breve pero buena, platos fuertes, buen Burdeos, buena Champaña; en fin, como decía el Marqués, primero mar y pimienta, después fantasía y alcohol.

Todos, las baronesas inclusive, se reían de los plebeyos que allá fuera seguían bailando y tenían que contentarse con los helados que se servían sobre las mesas de billar.

De vez en cuando daban golpes en la puerta por fuera.

— ¿Quién está ahí? — gritaba Ronzal con su alabada energía.

— Mi abrigo... café con leche... tengo ahí dentro mi abrigo...

— Ja, ja, ja... — contestaban los de dentro.

— ¡Está esto que arde! — le decía Joaquín Orgaz á una niña del barón, que sonreía y miraba al techo.

«Sí ardía aquello, pero sin faltar á las reglas del buen tono vetustense, decía el Marqués al Barón, que estaba ya como un tomate y cada vez más cerca de la jamaña.

La Marquesa tenía sueño, pero así y todo le gustaba la broma.

— Así debiera ser siempre — le decía á Saturnino que estaba decidido á emborracharse para no desentonar.

— Este poblachón se va poniendo lo más soso. ¿Verdad, pollo?

— So... sí... sí... mo... — Saturno bebió una copa de champaña acto continuo. Lo de pollo le había halagado.

Á la Marquesa se le ocurrió el disparate, tal vez sugerido por las nieblas del sueño, de mirar muy fijamente á Bermúdez, y ponerle unos ojos que ella sabía que *in illo tempore* mareaban á cualquiera.

— ¿Por qué no se casa Vd.? — preguntó doña Rufina seria y melancólica, al parecer.

Bermúdez sostuvo la mirada de la ilustre dama y olvidó por un momento los cincuenta años de la Marquesa. Suspiró... y en seguida se le subió la champaña á las narices, tosió, se puso casi negro, medio asfixiado y la Marquesa tuvo que darle palmadas en la espalda.

Cuando Saturnino volvió en sí, la de Vegallana tenía los ojos cerrados y sólo los abría de tarde en tarde para mirar á la Regenta y á Mesía.

¡El idilio senil con que soñó un instante Bermúdez se había deshecho... y eso que él ya se había acordado de Ninón de Lenclos para justificar á los ojos del mundo unas relaciones con doña Rufina.

En tanto don Alvaro le estaba refriendo á Ana la misma historia que ella había oído ya á Visita, aunque en forma muy distinta.

No había podido la Regenta resistir á la tentación de preguntarle si se había divertido mucho aquel verano...

Mesía vió el cielo abierto en aquella pregunta.

Supo *hacerse el interesante*, lo cual poco trabajo le costaba tratándose de Ana, que cada día iba descubriendo en él, aun sin verle, más encantos diabólicos.

El ruido, las luces, la algazara, la comida excitante, el vino, el café... el ambiente, todo contribuía á embotar la voluntad, á despertar la pereza y los instintos de voluptuosidad... Ana se creía próxima á una asfixia

moral... Encontraba á su pesar una delicia intensa en todos aquellos vulgares placeres, en aquella seducción de una cena en un baile, que para los demás era ya goce gastado... Sentía ella más que todos juntos los efectos de aquella atmósfera envenenada de lascivia romántica y señoril, y ella era la que tenía allí que luchar contra la tentación. Había en todos sus sentidos la irritabilidad y la delicadeza de la piel nueva para el tacto. Todo le llegaba á las entrañas, todo era nuevo para ella. En el *bouquet* del vino, en el sabor del queso Gruyer, en las chispas de la champaña, en el reflejo de unos ojos, hasta en el contraste del pelo negro de Ronzal y su frente pálida y morena... en todo encontraba Anita aquella noche belleza, misterioso atractivo, un valor íntimo, una expresión amorosa...

—¡Qué colorada está Anita!—le decía Paco á Visitación por lo bajo.

—Claro, de un lado la pone así la proximidad de Alvaro.

—¿Y del otro?

—Del otro la ponen así... las majaderías de su esposo que me está dando jaqueca.

En efecto, estaba inaguantable don Víctor con sus versos, por buenos que fueran.

Alvaro, en cuanto vió á la Regenta en el salón, sintió lo que él llamaba la corazonada. *Aquella cara*, aquella palidez repentina le dieron á entender que la noche era suya, que había llegado el momento de arriesgar algo.

Nunca había desistido de conquistar aquella plaza.

¡No faltaba más! Pero comprendiendo que mientras reinase en el corazón de Ana lo que él llamaba el misticismo erótico (era tan grosero como todo ésto al pensar) no podría adelantar un paso, se había retirado, había levantado el campo hasta mejor ocasión. Además, esperaba que la ausencia, la indiferencia fingida

y la historia de sus amores con la *ministra* le preparaban el terreno.

«Por supuesto, concluía, siempre y cuando que la fortaleza no se haya rendido al caudillo de la iglesia. Si el Magistral es aquí el amo... entonces no tengo que esperar nada... y además, ya no vale tanto la victoria.»

«Sin buscar él la ocasión, se la ofrecía aquella noche: le habían puesto á la Regenta á su lado... la corazonada le decía que adelante... pues adelante. Lo primero que quería averiguar era lo del *otro*, si el Magistral mandaba allí.»

En su narración tuvo que alterar la verdad histórica, porque á la Regenta no se le podía hablar francamente de amores con una mujer casada («tan atrasada estaba aquella señora»), pero vino á dar á entender, como pudo, que él había despreciado la pasión de una mujer codiciada por muchos... porque... porque... para el hijo de su madre los amoríos ya no eran ni siquiera un pasatiempo, desde que el amor le había caído encima del alma como un castigo.

El rostro de la dama al decir Mesía aquello y otras cosas por el estilo, todas de novela perfumada, le dejó ver al gallo vetustense que el Magistral no era dueño del corazón de Anita. Pero como en la anatomía humana nos encontramos con muchos más órganos que el corazón, Mesía no se dió por satisfecho, porque pensó: «Suponiendo que Ana esté enamorada de mí, necesito todavía saber si la carne flaca no me ha buscado un sucedáneo.»

No, don Alvaro no se hacía ilusiones. Á esta modestia material y grosera le obligaba su filosofía, que cada vez le parecía más firme.

Ana sintió que un pié de don Alvaro rozaba el suyo y á veces lo apretaba. No recordaba en qué momento había empezado aquel contacto; mas cuando puso en

él la atención sintió un miedo parecido al del ataque nervioso más violento, pero mezclado con un placer material tan intenso, que no lo recordaba igual en su vida. El miedo, el terror era como el de aquella noche en que vió á Mesía pasar por la calle de la Traslacercas, junto á la verja del parque; pero el placer era nuevo, nuevo en absoluto y tan fuerte, que la ataba como con cadenas de hierro á lo que ella ya estaba juzgando crimen, caída, perdición.

Don Alvaro habló de amor disimuladamente, con una melancolía bonachona, familiar, con una pasión dulce, suave, insinuante... Recordó mil incidentes sin importancia ostensible que Ana recordaba también. Ella no hablaba pero oía. Los pies también seguían su diálogo; diálogo poético sin duda, á pesar de la piel de becerro, porque la intensidad de la sensación engrandecía la humildad prosáica del contacto.

Cuando Ana tuvo fuerza para separar todo su cuerpo de aquel placer del roce ligero con don Alvaro, otro peligro mayor se presentó en seguida: se oía á lo lejos la música del salón.

—¡ Á bailar, á bailar! — gritaron Paco, Edelmira, Obdulia y Ronzal.

Para Trabuco era el paraíso aquel baile que él llamó clandestino, allí, entre los mejores, lejos del vulgo de la clase media...

Se entreabrió la puerta para oír mejor la música, se separó la mesa hacia un rincón, y apretándose unas á otras las parejas, sin poder moverse del sitio que tomaban, se empezó aquel baile improvisado.

Don Víctor gritó:

—Ana ¡ á bailar! Alvaro, cójala Vd...

No quería abdicar su dictadura el buen Quintanar; don Alvaro ofreció el brazo á la Regenta que buscó valor para negarse y no lo encontró.

Ana había olvidado casi la polka; Mesía la llevaba

como en el aire, como en un raptó; sintió que aquel cuerpo macizo, ardiente, de curvas dulces, temblaba en sus brazos.

Ana callaba, no veía, no oía, no hacía más que sentir un placer que parecía fuego; aquel goce intenso, irresistible, la espantaba; se dejaba llevar como cuerpo muerto, como en una catástrofe; se le figuraba que dentro de ella se había roto algo, la virtud, la fe, la vergüenza; estaba perdida, pensaba vagamente...

El Presidente del Casino en tanto, acariciando con el deseo aquel tesoro de belleza material que tenía en los brazos, pensaba... «¡Es mía! ese Magistral debe de ser un cobarde! Es mía... Este es el primer abrazo de que ha gozado esta pobre mujer.» ¡Ay sí, era un abrazo, disimulado, hipócrita, diplomático, pero un abrazo para Anita!

—¡ Qué sosos van Alvaro y Ana! — decía Obdulia á Ronzal, su pareja.

En aquel instante Mesía notó que la cabeza de Ana caía sobre la limpia y tersa pechera que envidiaba Trabuco. Se detuvo el buen mozo, miró á la Regenta, inclinando el rostro y vió que estaba desmayada. Tenía dos lágrimas en las mejillas pálidas, otras dos habían caído sobre la tela almidonada de la pechera. Alarma general. Se suspende el baile clandestino, don Víctor se aturde, ruega á su esposa que vuelva en sí... se busca agua, esencias... llega Somoza, pulsa á la dama, pide... un coche. Y se acuerda que Visita y Quintanar lleven á aquella señora á su casa, bien tapada, en la berlina de la Marquesa. Y así fué. En cuanto Ana volvió en sí, pidiendo mil perdones por haber turbado la fiesta, don Víctor, de muy mal humor, ya sin miedo, la llenó el cuerpo de pieles, la embozó, se despidió de la amable compañía y con la del Banco se llevó á la Regenta á la cama.

«¡ El humo! ¡ el calor, la falta de costumbre, la polka

después de cenar, las luces!... Cualquiera cosa, en fin, aquello no valía nada. Podía continuar la fiesta.» Y continuó. Los del salón se habían enterado. «Á la Regenta le había dado el ataque.» «La habían hecho bailar á la fuerza.» Pero pronto se olvidó el incidente para comentar la conducta de aquellas señoras y caballeros que se encerraban en el gabinete de lectura á cenar y bailar como si el Casino no fuese de todos...

Á las seis de la madrugada, al despedirse Paco de Mesía con un apretón de manos, á la puerta del Casino, el Marquesito exclamó:

—¡Bravo! ¡Al fin! ¿Eh?

Mesía tardó en contestar; se abrochó su gabán entallado de color de ceniza, hasta el cuello; se apretó á la garganta un pañuelo de seda blanco, y al cabo dijo:

—Ps... Veremos.

Llegó á su casa, la fonda; llamó al sereno que tardó en venir; pero en vez de reñirle como solía, le dió dos palmadas en el hombro y una propina en plata.

—¡Qué contento viene el señorito... ¿Del baile, eh?

—Señor Roque, del baile...

Y al acostarse, al dejar en una percha una prenda de abrigo interior, de franela, murmuró á media voz don Álvaro, como hablando con el lecho, á cuyo embozo echaba mano:

—¡Lástima que la campana me coja un poco viejo!...



XXV

Al día siguiente Gloucester delante del Magistral, sin compasión, refería en la catedral todo lo que había sucedido en el baile. «La aristocracia se había encerrado en un gabinete, en el gabinete de lectura, para cenar y bailar, y doña Ana Ozores, la mismísima Regenta que viste y calza, se había desmayado en brazos del señor don Alvaro Mesía.»

El Magistral que no había dormido aquella noche, que esperaba noticias de Ana con fiebre de impaciencia, dió media vuelta como un recluta; era la primera vez que el puñal de Gloucester, aquella lengua, le llegaba al corazón. Pálido, temblorosa la barba hasta que la sujetó mordiendo el labio inferior, don Fermín miró á su enemigo con asombro y con una expresión de dolor que llenó de alegría el alma torcida del Arcediano. Aquella mirada quería decir «venciste, ahora sí, ahora me ha llegado á las entrañas el veneno.» De Pas estaba pensando que los miserables, por viles, débiles y necios que parezcan, tienen en su maldad una grandeza formidable. «¡Aquel sapo, aquel pedazo de sotana podrida, sabía dar aquellas puñaladas!» Después don